

Mariano Latorre

QUIENES conocieron a Mariano Latorre se resisten a imaginarlo rígido, aprisionado en una mortaja, enmudecido para siempre. Había en él tal vitalidad y tan moceril actividad, que daba la impresión, incluso cuando ya la enfermedad le acechaba mortalmente, de que el tiempo pasaba sin tocarlo y de que el goce de vivir vencía la caducidad fatal de los años.

En Mariano Latorre resultaba tan interesante el hombre en la intimidad como el escritor en sus creaciones. Bastaba conversar con él para ganar una amistad que se daba espontánea a través de su palabra fluente, de inagotable vivacidad y humor. Con un conocimiento superficial, podría creérsele propenso a la charla en que alternaban la expresión frívola y burbujeante con la saceta aguda. Mas todo ello era trasunto de su humorismo jocundo, de natural alegre, ausentes de su espíritu la amargura y el resentimiento. Se dió sin reticencias, con esa generosidad en los gestos y las palabras de quien nada esquivo. Como un hombre cabal, venció los pre-

juicios, no le quebrantaron los ataques que devolvía sonriendo con gracia picaresca, para vivir lo suyo en plenitud dionisiaca.

Mientras el hombre transitó por la vida en gozosa entrega verbal, como escritor adoptó la responsabilidad de serlo con la conciencia de responder a una vocación que se mantuvo inalterable, sin pausas ni desmayos, hasta el momento de su muerte. En la actividad docente, ejercida en el liceo y en la Universidad de Chile, de cuyo Instituto Pedagógico fué director y catedrático de Literatura Española y Chilena, su condición de maestro rebasó la solemnidad magisteril, para darla con la cordialidad exaltada del erudito y artista que desea prolongarse en sus discípulos. Por eso ellos lo consideraban un camarada al cual se oía respetuosamente por su saber y bondad, que luego se traducía en afecto y gratitud. Fueron sus enseñanzas, antes que áridas exposiciones documentales, un reanimar y enaltecer a los escritores de América y de Chile que hubieran revelado, con el prodigio de su arte, lo propio y representativo de la tierra y su gente.

Lo que enseñaba en la cátedra ejemplificó en su fecunda labor literaria, pues pintó con gran lirismo y fidelidad la multiforme naturaleza de nuestro territorio y trazó con simpatía el perfil de los campesinos, fundiendo paisaje y hombre en una misma intención de revelar lo genuino y autóctono. Su criollismo rural hizo escuela y prosélitos, con las cualidades y defectos de esa

tendencia, de la cual sin quererlo Mariano Latorre ha sido considerado el jefe.

Omer Emeth, en el prólogo de "Cuna de Cóndores", dijo de Mariano Latorre que "era un escritor para quien Chile existe verdaderamente". El sólo hecho de que haya querido valerse de nuestras circunstancias humanas y geográficas, prescindiendo de modas foráneas y pasajeras, significa un honrado propósito de no desarraigarse buscando la originalidad en la modestia de nuestro medio.

Recorrió Mariano Latorre el país hasta en sus rincones más apartados y escondidos. Hombres, flora, fauna, geografía eran objeto de su estudio y observación, ingredientes esenciales de sus creaciones. Describió todo cuanto vió con avidez sensorial por captar la policromía de las cordilleras de los Andes y de la costa, el valle central con su verdor perenne, la quietud de los lagos sureños, el mar y la selva bravía austral. Como en un retablo, pintó a Chile en su variedad física y anímica, cantando y contando la grandeza de las almas y de las cosas.

Se han rastreado influencias en su arte de narrar y se ha señalado, sobre todo, su entusiasmo por el escritor español José María de Pereda, con el cual tiene, por su propensión descriptiva minuciosa, reflejos o coincidencias. Pero lo cierto es que la orientación literaria de Mariano Latorre fué determinada por su índole extravertida, vuelto hacia el exterior, visual por excelencia, sin grandes problemas psicológicos o sentimentales que

lo inquietaran. Su afán descriptivo lo llevaban en ciertos casos a abandonar el episodio para detenerse a pintar deleitosa y morosamente el paisaje. Literariamente los trozos descriptivos adquieren vida propia y pueden separarse como poemas independientes.

"Cuentos del Maule", "Cuna de Cóndores", "Ully", "La confesión de Tognina", "Chabela", "Zurzulita", "Chilenos del mar", "On Panta", "Hombres y Zorros", "Mapu", "La literatura de Chile", "Puerto Mayor", "Viento de Mallines", "El choroy de oro", "El caracol", "Autobiografía de una vocación", "Chile, país de rincones" y "La isla de los pájaros" —su último libro, publicado hace muy poco— son los hitos de su laboriosidad literaria que señalan el fervor y fidelidad con que se dedicó a las letras, consciente de su oficio y enamorado de los temas nacionales.

Sería limitación juzgar su obra sólo por la calidad de sus descripciones y por su prosa de tan ricas facetas estilísticas, que hacen de él uno de los mejores prosistas chilenos. Están sus relatos estremecidos de humanidad, que si no intensamente patéticos, son la expresión de lo más genuino de nuestro país: huasos ladinos y nobles, marineros corajudos, aventureros audaces, indios expoliados, jornaleros de un mundo anónimo y sufriente.

A su labor de creación pura, hay que sumar sus ensayos y estudios literarios sobre escritores chilenos, publicados en revistas y prólogos. Mariano Latorre fué un conocedor profundo de nuestra historia literaria, tanto de la Colonia como del siglo XIX y de la época con-

temporánea, y un crítico que exhumó valores olvidados y dió a conocer y alentó a escritores jóvenes. Sus ensayos y prólogos constituyen de por sí una ingente labor de alto interés crítico e histórico.

Desde la iniciación de "Atenea", Mariano Latorre colaboró en sus páginas, publicando relatos y estudios, que trajeron el prestigio que ya había adquirido desde sus primeros libros, prestigio que trascendió al extranjero, pues obras suyas fueron editadas en la Argentina y España.

La Universidad de Concepción, por intermedio de "Atenea", expresa la emoción dolorida que le ha suscitado el fallecimiento de Mariano Latorre, y anuncia para un número próximo de la revista el homenaje que se merece este escritor y maestro que hizo del libro y de la cátedra lección de simpatía y chilenidad.